

De la lectura del número también se desprende la necesidad de revisar algunos de los “dogmas” de la praxis urbanística hasta la fecha: el concepto de *crecimiento*; el plan como instrumento omnicomprensivo e inalterable; el papel y la visibilidad de la plusvalía; el principio de eficacia indiferenciada; la veneración acrítica de la figura del arquitecto constructor, o las condiciones laborales de un sector fuertemente dualizado.

Cuando nos referimos al papel que deben desempeñar en el urbanismo el sector público y los agentes privados, se pone de relieve cómo la mayoría de cuestiones tratadas en el número se sitúan en la esfera pública, pero probablemente buena parte de los problemas que se relacionan con este tienen origen en la esfera privada (vivienda, comercios) por más que después sea en el ámbito público donde se manifiestan con toda su intensidad. Ello pone de manifiesto la importancia de pensar el espacio público como un espacio de transición entre dos esferas íntimamente relacionadas y de pensar políticas de amplio alcance. ¿Podemos imaginar un urbanismo que deje de estar al servicio del negocio inmobiliario? ¿Una ciudad que no la hagan los privados o cuando menos, una ciudad en que el timón de las transformaciones vaya permanentemente ligado al bien común y el interés general? Habrá que plantear seguramente una evolución de lo que entendemos por interés común o colectivo, hasta ahora limitado a la titularidad de las Administraciones públicas.

Esta publicación está escrita desde el reconocimiento a muchos años de práctica urbanística que han fijado las bases de la disciplina en su etapa moderna en nuestro país, pero también desde la constatación de que la sociedad actual tiene muy poco que ver con la de los últimos 30 años, y que transformaciones tan importantes hacen necesaria una revisión a fondo de muchos los planteamientos y formas de hacer de la disciplina. Estos escritos no pretenden en ningún caso fijar un nuevo canon o definir las bases teóricas de un nuevo paradigma urbanístico. No somos tan denodados. Quizás tampoco aportarán grandes soluciones que transformen radicalmente el ejercicio del urbanismo. El objetivo no es construir un nuevo corpus teórico sino abrir nuevas líneas de fuga en el debate, que puedan orientar e inspirar nuevos ejes de discusión, nuevas formas de hacer, nuevas temáticas y nuevos instrumentos útiles para las nuevas generaciones de urbanistas y para todos aquellos interesados en la reflexión y el hecho urbano, que quieren pensar, diseñar, planificar y gestionar las ciudades en los próximos años.

Nos daríamos por satisfechos si este trabajo de reflexión colectiva sirve para hacer emerger nuevas preguntas que ayuden a revisar y replantear la ortodoxia y los lugares comunes de una disciplina construida sobre la base de premisas que pensamos que valdría la pena cuestionar de una forma constructiva. Necesitamos un urbanismo adecuado al contexto de incertidumbre que plantea la sociedad actual.

## CIUDAD GLOBAL ‘VERSUS’ CIUDAD LOCAL

José Fariña

La ciudad está cambiando, ha cambiado ya en muchos casos, debido a que la sociedad también lo está haciendo, reflejo de una serie de mecanismos que condicionan de forma radical su producción, organización y planeamiento. De todos ellos, existen dos que afectan profundamente a nuestro cam-

po de conocimiento y que están produciendo una nueva ciudad diferente a la ciudad que surgió de la Revolución Industrial.

### Rozamos los límites del planeta

El primero es el hecho de que por primera vez en la historia, la humanidad ha visto que existen límites reales que condicionan todo. Desde las expectativas hasta los valores, pasando por las propias formas de distribuirse por el territorio. Límites que, además, están muy cercanos. En el año 2000 se calculó por primera vez la huella ecológica de la totalidad del planeta atendiendo a siete indicadores, y los resultados fueron espectaculares: resultó que se utilizaba un exceso de 164 unidades de medida, pero que la biocapacidad del planeta era sólo de 125 millones, lo que significaba un exceso del 31%. Esta situación es bastante reciente. Los cálculos indican que en los años sesenta del pasado siglo (el xx) la actividad humana consumía el 70% de lo que el planeta era capaz de producir, pero ya a principios de los años ochenta se alcanzaba el 100%, y en estos momentos estamos por encima de nuestras posibilidades, es decir utilizando los ahorros obtenidos a lo largo de los siglos.

Este cambio se ha acelerado debido a la tendencia del planeta a organizarse como una “ciudad global”. Si analizamos con un poco de detalle en qué ha consistido ese invento tan exitoso llamado *ciudad* veremos algunas cosas que llaman la atención. La primera es que las ciudades son elementos de muy baja entropía con una organización tan fuerte que requiere para mantenerla altos consumos de energía y que degrada el medio. Es decir, las áreas urbanas necesitan desprenderse de la entropía que les sobra y la única forma que tienen de hacerlo es volcándola en un medio no antropizado: la naturaleza. La evidencia es clara: si todo es ciudad no hay ningún sitio donde podamos desprendernos de la entropía que sobra. La segunda es que todo el sistema se ha ido basando de forma progresiva en el transporte cada vez a mayores distancias de energía, agua, materiales, desechos, alimentos o, incluso, personas. El dispendio ecológico que implica es ya insostenible para el conjunto del planeta.

De todos los estudios y trabajos de investigación que se están realizando, parece deducirse con bastante claridad que necesitamos de naturaleza que se encargue de reconvertir la entropía (el desorden) que nos molesta. Y, además, que resulta imprescindible una vuelta a lo local que invierta la tendencia de buscar y llevar todo cada vez más lejos. Es ya imprescindible acudir a los materiales del sitio, la agricultura de proximidad, aprovechar los servicios de los ecosistemas, ser autosuficientes en agua y energía. Hay que empezar a desterrar todo el planeamiento estratégico basado en unir nuestra ciudad con decenas de flechas en el mapa con Shanghái, Nueva York, Lima, Estocolmo o Barcelona. Esto no tiene razón de ser más que en un estado de inconsciencia colectiva o una patología social que nos está llevando como los lemmings hasta el borde del acantilado (después de atravesar miles de kilómetros arrasándolo todo) para intentar seguir con su forma de vida también en el mar, donde todos sabemos (menos ellos) que no tienen nada que puedan comer.

Porque el problema no está solo en la cantidad de hectáreas que ocupa la urbanización. Aunque es cada vez mayor, no sobrepasa el 3% de la superficie del planeta. La verdadera dificultad se plantea en la forma en que ocupa el territorio. Probablemente el sistema urbano tradicional con las ciudades reconcentradas en sí mismas y unidas unas con otras con hilos de comunicaciones débiles y que suponían barreras fácilmente superables para la naturaleza, podría conseguir que los territorios sopor-

taran bastante más de ese 3% de superficie ocupada. Pero, a partir de los años cincuenta del pasado siglo xx, con la masificación del automóvil privado, la ciudad empezó a comprender que lo verdaderamente importante no era de la distancia a la que uno se encontraba de las cosas, sino el tiempo que se tardaba en llegar a ellas. Entonces comenzó un proceso de ocupación del todo el territorio con elementos de infraestructura (sobre todo de comunicaciones) muy impactantes que empezaron a suponer verdaderas barreras infranqueables para las áreas de naturaleza. El territorio se empezó a fragmentar en millones de esquilas antrópicas unidas todas entre sí que dejaban medio aisladas las áreas naturales, convirtiéndolas en auténticos relictos sin posibilidad de recuperación ecológica y, por supuesto, sin capacidad de reciclar la entropía de que la ciudad quería desprenderse.

Esta situación, además, hace que tengamos que buscar, cada vez más lejos, la energía necesaria para el funcionamiento de las estructuras urbanas, los alimentos, el agua o los materiales. Y llevar a los lugares más pobres y alejados del planeta los desechos producidos. Pero esta facilidad en el transporte invita, además, a que millones de personas crucen continuamente el planeta hasta el punto de que, para muchos países, el turismo de masas es la base fundamental de la subsistencia de regiones enteras. Esta verdadera locura en las formas de vida globales y en la organización de los territorios no puede continuar así. Hay una base muy importante de evidencias bastante fiables de que el precio de la energía, como mínimo, se duplicará en el 2030 a igualdad de los demás elementos, lo que va a significar el colapso de todo el *sprawl* urbano en los países desarrollados y el hundimiento del turismo de masas a largas distancias. Y no es porque se agote la energía, es por el hecho de que conseguirla va a ser cada vez más caro. Incluso, de momento, en que hay suficientes combustibles fósiles, hemos conseguido, mediante técnicas de extracción más o menos impactantes como el *fracking*, aumentar de forma notable las reservas accesibles, pero a unos costes muy importantes, no sólo ecológicos (casi nunca considerados) sino también económicos.

La situación, por tanto, desde el punto de vista de los límites del planeta es crítica y representa una novedad en la historia humana. No es que esté cambiando alguna de las variables que conforman la gran ecuación que determina el funcionamiento del ecosistema urbano, es que todos los datos parecen indicar que se está produciendo un cambio en la propia ecuación. Según autores como Jaume Terradas, aunque las ciudades son ecosistemas no son ecosistemas como los demás, tienen un funcionamiento, en cierta forma, distinto y muy dependiente de los recursos externos. Sin embargo, todos los ecosistemas tienen un comportamiento parecido en lo que respecta a su evolución: esta no siempre es lineal. Existen momentos en los cuales hay cambios bruscos e irreversibles y todo parece indicar que estamos ante uno de ellos. Por tanto es necesario empezar a preparar uno de los mayores inventos técnicos de la Humanidad, como es la ciudad, para funcionar con una ecuación diferente a aquella con la que venía funcionando hasta ahora. Y no es porque sea mejor ni peor. Es, sencillamente, porque estamos obligados a ello.

### La nueva cultura global

Las nuevas tecnologías aplicadas a la información y a la difusión son el otro elemento que ha modificado de forma espectacular el sistema. Los arquitectos conocemos muy bien qué está pasando porque afecta, en primer lugar, y de manera determinante a las formas. Poco a poco, la publicidad de las

multinacionales, los grandes iconos edificatorios, las marcas, la moda, van uniformando los gustos, los símbolos, la capacidad de mirar. Las diferencias formales y funcionales ya no son el resultado de las condiciones del contexto sino que surgen de la necesidad de destacarse, de singularizarse en un magma común.

Una cultura concreta surge de una evolución histórica ligada a múltiples factores que van desde los topográficos y climáticos hasta los propios de los valores y el conocimiento. Uno de los más importantes, por supuesto, es la sujeción a un marco territorial específico urbano y natural, que constituye la referencia física de la identidad. Según Halbwach sin esta referencia física los recuerdos no se mantienen y los grupos acaban por desaparecer. Pero muchos de los elementos fundamentales que caracterizan estas culturas concretas resultan incomprensibles para los sujetos ajenos a ellas. De forma que en el mundo actual en el que confluyen miles de formas, valores, funciones, paisajes y necesidades específicas de territorios e historias distintas, todo lo no común tiene graves dificultades para ser comprendido y los significados se pierden.

Esta cuestión, planteada desde la ciudad y la arquitectura es determinante en el cambio que se está produciendo. Ya lo señaló Koolhaas en su momento y se han dedicado muchas horas al análisis de esos edificios y piezas urbanas (incluso ciudades enteras) que se repiten indiferentes a los climas, la topografía, la historia o los valores, y que se sitúan en cualquier lugar del planeta produciendo disfunciones y faltas de eficiencia clamorosas. Escribía recientemente en un artículo: "Así, se sustituyen las actuales realidades urbanas incomprensibles para los foráneos en tuits comprensibles. Hay que dejar reducida la imagen de la ciudad a ciento cuarenta caracteres. Y los mejores tuits urbanos son, precisamente, las obras de arquitectura. Además, dado que los tuits deben ser legibles en todos los idiomas, no podemos basarlos en las culturas locales sino que es imprescindible recurrir a formas genéricas que se entiendan en el mundo global".

De forma que las grandes cadenas de TV, los periódicos, Internet, van laminando las diferencias culturales, éticas o formales, sustituyendo los sistemas culturales locales por los globales. El futuro (que es casi ya) es desolador. Desolador desde el punto de vista de algo básico para el progreso: la necesidad de mantener la diversidad. Esto que no termina de entenderse bien lo ha resuelto ya la naturaleza. Hay ecosistemas que son, en sí mismos, diversos. Pero hay también zonas de frontera, ecotonos en los que residen, básicamente las posibilidades de variación. No se trata de ir mezclando todas las culturas como si fueran colores en una paleta hasta que todo se vuelva gris. Son imprescindibles los colores puros que nos permitan las mezclas de las que pueden salir todos los tonos que se nos ocurran. Cuando toda sea una masa gris se terminará la posibilidad de progreso. Y es que el progreso se produce en las zonas de frontera pero solo es posible si existe la diversidad. Si existe una cultura gallega y una cultura andaluza en las zonas de frontera probablemente aparecerá algo nuevo que permitirá avanzar en determinados campos. Pero si esta nueva cultura elimina a las que la posibilitaron, en lugar de tener tres tendremos sólo una, la galaico-andaluza, y estaremos, desde el punto de vista de la diversidad, peor que cuando teníamos dos. Si el proceso se repite al final solo quedará un único sistema de formas, valores y significados. Esta confrontación masiva, que posibilitan los medios con los que contamos, aumenta espectacularmente las relaciones entre los

elementos (que es una de las bases de la complejidad). Pero esta confrontación puede dar lugar a una disminución de los elementos (es decir, de la diversidad) bien porque uno se imponga a todos los demás, bien porque todos se mezclen hasta que sólo quede el gris, y la resiliencia del sistema disminuirá drásticamente. Claro que hay que mantener las conexiones, son una de las fuentes de la complejidad. Pero también hay que mantener la diversidad que es la otra.

Ambos caminos nos conducen, inevitablemente, a una reconsideración de lo local que pasa de ser la rémora a ser la posibilidad de mantener el progreso. Se lleva años hablando de lo global, pero sólo ahora empezamos a percatarnos que lo "glo" se está imponiendo de forma definitiva a lo "cal". Y esto no debe pasar, porque entonces las posibilidades de avanzar serán escasas y la vulnerabilidad aumentará de forma muy importante. Además, los peligros del pensamiento único desde la perspectiva del poder totalitario son muy importantes. Por este camino van los intentos centralizadores de la información que proponen las llamadas *smart cities*. El peligro de que el control total, tanto de la construcción de la ciudad, como de la organización de la propia sociedad, pase a manos de muy pocos es evidente. De forma que este segundo mecanismo derivado de la globalización presenta componentes perversos que hay que considerar necesariamente. El fenómeno que empezó por los medios de comunicación de masas, los oligopolios de la información tanto de la prensa como la radio y la TV, ha alcanzado ya a la pretendida panacea de la globalización que es Internet.

La desconfianza, debido a la manipulación que se está introduciendo en la información que recibimos diariamente, ha minado de forma muy importante las posibilidades reales de que las nuevas tecnologías se constituyan en herramientas válidas de ayuda para los nuevos tiempos. Por ejemplo, los "gabinetes de viralidad" que están creando todos los partidos y grupos de presión para modificar la opinión global en Internet, o la específica de grupos concretos, nos demuestran que la manipulación en la Red puede llegar a alcanzar cotas nunca vistas en otros medio de comunicación. De forma que nos encontramos con el peligro de la sustitución de una miríada de culturas locales por una única cultura global, mucho más fácilmente controlable ya que el poder y los grupos de presión tienen en sus manos todos los elementos para crear tendencias, pensamiento (único), valores y expectativas. La relación personal entre el político y el representado se vuelve icónica convirtiéndose en relación entre la imagen del político y la ciudadanía con la pérdida consiguiente del fundamento democrático.

### Materiales para el cambio

Ante esta nueva situación, sin parangón en la historia de la Humanidad, se están empezando a producir reacciones de defensa, probablemente tímidas todavía pero que se detectan con bastante facilidad.

La primera, muy clara, es la vuelta a la consideración de la distancia como algo básico en la organización de nuestras ciudades. Tanto en las distancias cortas con los intentos de retomar lo local desde las relaciones de proximidad<sup>16</sup>, como en las distancias largas con el cambio de un movimiento centrífugo característico de la ciudad del siglo xx, por otro centripeto centrado en la reconsideración de las áreas urbanizadas (algunas no responden al patrón tradicional de lo que es una ciudad) en conjunto con el territorio que las sustenta. La segunda, también relacionada con ésta, agrupa los intentos de experimentar con nuevas formas de gobernanza que permitan recuperar la confianza perdida

en las instituciones democráticas. No parece muy claro qué se va a poder hacer en el ámbito global pero, en cambio, se están produciendo bastantes propuestas desde lo local. Y en tercer lugar parece imprescindible cambiar las herramientas con las que contamos para organizar, ordenar y diseñar nuestros territorios. Cambios tan profundos, tanto en el ámbito planetario como en el social, no pueden estar soportados por unas herramientas de planificación pensadas para resolver el problema de la ciudad industrial cuando los que tenemos encima son los derivados de la ciudad global.

Trataré de analizar estos aspectos aunque centrándome, debido a mi especialidad, más en las cuestiones de organización territorial y herramientas, que en las de gobernanza.

### Recuperar la proximidad cultural y ecológica

La esencia de la ciudad está condensada en los espacios públicos. A lo largo de la historia urbana el espacio público ha asumido diversas funciones que han marcado su funcionamiento. Probablemente la más importante sea la de posibilitar que las distintas personas que forman la sociedad urbana se relacionen directamente entre sí siguiendo determinadas reglas y convenciones que posibiliten su convivencia pacífica. Esta es la función principal del espacio público: educar en la urbanidad<sup>19</sup>. A pesar de ser esta su misión más importante, cumple, o ha cumplido, muchas otras. Es lugar de confrontación, de fiesta, de manifestación, de creación de identidad, de tránsito y también de equipamiento. Incluso puede funcionar como infraestructura verde.

Es posible establecer, como visión general, que el espacio público hoy mantiene sus atributos esenciales de ser lugar de tránsito de peatones y de expresión de la comunidad. Sin embargo en su función de ser el principal espacio de intercambio y encuentro con el otro se ha visto fuertemente afectado, tanto en la cantidad de reuniones que posibilita como en el tipo de encuentros que favorece. En este aspecto se puede afirmar que el espacio cívico en el momento actual encuentra sustitutos privados. Lugares sociales en los que directamente se debe pagar para acceder, o espacios de uso restringido como es el caso de los patios del interior de los edificios de vivienda. Se evidencia que en el centro de la ciudad las plazas mantienen una gran diversidad de usuarios, diversidad expresada en las edades y procedencias de los visitantes, pero principalmente en la gran cantidad de prácticas que realizan en los espacios públicos mientras que en los más domésticos estas funciones se pierden.

Quizá se mantenga, en algunos casos, su función de equipamiento pero cada vez menos y en zonas donde no es posible una alternativa privada. De lo que no hay duda es de que la situación es penosa en su consideración como infraestructura verde. Excepto alguna ciudad puntual (como Vitoria-Gasteiz o, en parte, Santiago) la mayor parte de las ciudades no consideran para nada el dimensionamiento de las zonas libres públicas atendiendo a necesidades infraestructurales tales como: sumidero temporal de CO<sub>2</sub>, fijación de las partículas de contaminación aérea, permeabilidad del suelo para aumentar su capacidad de absorción de las puntas de tormenta y la evapotranspiración potencial, y muchas otras.

Sin embargo habría que diferenciar dos tipos de espacios públicos, porque cuando nos referimos al espacio público parece que todo fuera igual. Y no. Hay espacios públicos que cumplen, básicamente, funciones representativas. La confrontación, la fiesta, se pro-

ducen, sobre todo en estos espacios. Y lo cierto es que, lejos de perder importancia y funciones se mantienen vigorosos y fuertes. El problema, básicamente, se produce en otro tipo de espacios, los que podríamos llamar domésticos o de proximidad. En ellos la función de socialización (interacción con los desiguales) ha desaparecido prácticamente y como no tienen función de representación quedan sólo para el tránsito y, en casos puntuales, como equipamiento.

Pero me gustaría centrarme sobre una función del espacio público que solo he mencionado de pasada: el hecho de que el espacio público ha sido la referencia para la creación de grupos y redes sociales permanentes. Como diría Halbwachs el marco de referencia espacial es básico para la permanencia de los grupos. Y los grupos son las células básicas de la diversidad cultural. Pues bien, mi tesis es que el espacio público ha dejado de ser el marco espacial para la creación de estos grupos siendo sustituido por otros marcos, normalmente privados. Los equipamientos en las urbanizaciones, las áreas ajardinadas o de juegos en el interior de las manzanas con acceso solo posible para los propietarios, incluso los centros comerciales o los clubes privados, son los lugares en los que en estos momentos se refugian estos grupos que han dejado de tener referencias espaciales públicas para tenerlas privadas.

Esto no tendría excesivo interés sino fuera porque estas referencias espaciales privadas están ligadas a determinados niveles de renta o grupos sociales. Siempre ha pasado. Los guetos de marginalidad siempre han estado separados de las áreas gentrificadas. Pero justamente los espacios públicos eran los lugares donde se producía esta interacción entre ecosistemas sociales diferentes. Eran los ecotonos urbanos, para emplear una terminología ecológica. Esos lugares frontera, no sólo funcionaban como lugares de educación para la urbanidad, sino como áreas de intercambio y creación de grupos mixtos, menos monolíticos. El cómo se ha llegado a esta situación, sus implicaciones y alternativas, nos llevaría unas cuantas horas. Hoy solo quería dejar aquí reflejado este hecho que tiene que ver directamente con la aparición de tipologías urbanas nuevas que dan respuesta a una necesidad de defensa por parte de algunos grupos sociales. El espacio público tradicional dotaba de una educación a todos los ciudadanos que les permitía relacionarse con el otro “si quería”. Precisamente la esencia de la libertad que daba la ciudad era la posibilidad de relacionarse con el otro, con el que no era como uno. Pero también “de no hacerlo” sin que pasara nada. Esto significaba la posibilidad de creación de grupos frontera en marcos espaciales concretos.

Probablemente el cambio de todas estas tendencias pueda empezar a partir de algo inesperado: las redes sociales virtuales. En estos momentos Internet está creando una superestructura cultural muy parecida al color gris resultante de la mezcla de colores de las diferentes culturas. Es decir, una cultura que, cada vez más, tiende a ser un magma confuso con destellos momentáneos que se apagan casi en el mismo momento en que se iluminan. En este magma en el que nadie se cree nada porque lo único válido es el número de visitas y donde las relaciones son tan efímeras como las que se producen en las aglomeraciones, se están empezando a mover cosas. Resulta que se están empezando a crear subredes, en principio temáticas, pero que todas ellas tienen una base común: la proximidad física. Trabajo compartido, coche compartido, agrupaciones de consumo, culturales, encuentros (quedadas) en grupos. Algunos pensamos que son el germen que va a posibilitar el paso siguiente: la creación de grupos, de

relaciones, con base espacial. Lo único que les falta a estas redes virtuales para convertirse en grupos sociales es, únicamente, la referencia, el marco, espacial. El paso está a punto de darse. Algunos investigadores están empezando a estudiar cómo el Internet global se está empezando a convertir en local para determinadas cosas. Y de cómo este Internet local o de proximidad ya está empezando a buscar espacios físicos, marcos concretos de referencia que permitan pasar de las redes virtuales a las redes reales. Los urbanistas tenemos que empezar a estar preparados para esto que viene. Necesitamos ofrecer espacios públicos que sirvan de marco físico para estas nuevas redes que van a pasar de lo digital a lo personal. De lo contrario se irán a los espacios privados. Y esto sí que puede ser una catástrofe porque necesitamos zonas, áreas concretas de frontera, de interacción entre desiguales y en lugar de dificultar su creación con tipologías arquitectónicas y urbanas defensivas deberíamos intentar facilitarlas.

### Los instrumentos de planeamiento

La primera ley higienista fue la Ley de 9 de agosto de 1844 para Londres y sus contornos. En esta Ley se definían los requisitos higiénicos mínimos para las casas de arrendamiento y prohibía destinar a vivienda los locales subterráneos. Era una ley local, pero ese mismo año se empieza a estudiar en el Parlamento británico una ley general y, tras no pocas polémicas acalladas por las sucesivas epidemias de cólera, el 31 de agosto de 1848 se aprueba la primera ley higienista nacional. Para Benevolo es el comienzo del urbanismo moderno y 1848 se convierte en un año clave en la evolución de nuestras ciudades. A partir de entonces, como una riada incontenible se van introduciendo una serie de leyes que posibilitan el control del derecho de propiedad del suelo en beneficio de la colectividad y, ley tras ley, el liberalismo va retrocediendo en el ámbito de la urbanización. En el momento actual se puede decir que contamos con los instrumentos, técnicas y procedimientos, necesarios para que nuestras ciudades sean higiénicas y saludables. Otra cuestión es que se apliquen correctamente, se establezcan prioridades diferentes (como la creación de empleo o riqueza), o se haga utilización fraudulenta de los mismos.

Estas técnicas e instrumentos reunidos en lo que, generalmente, se conoce con el nombre de plan de urbanismo, han marcado durante el pasado siglo xx el cambio hacia la superación de las deficiencias más graves de la ciudad creada por la Revolución Industrial. Es difícil no admitir los beneficios de toda índole que los planes de urbanismo han traído a nuestras sociedades, y aquellos que piensen que las ciudades actuales serían mejores sin el planeamiento tan solo les recomiendo que lean detenidamente algunas descripciones del estado de las ciudades en aquellos momentos como la que hizo Engels sobre Manchester. Sin embargo, en pocos años, las ciudades han sufrido otro cambio realmente espectacular debido a la serie de factores que hemos analizado anteriormente de forma que un crecimiento que era básicamente centripeto se ha convertido en centrífugo, desparramando sobre la totalidad del territorio sus urbanizaciones, sus fábricas, sus vertederos, sus oficinas, sus centros comerciales y ampliando su radio de acción a todo el planeta, diluyendo los grupos y las culturas locales y creando una supercultura universal que tiende a eliminar todas las demás.

De forma que el modelo de ciudad higiénica dominante durante muchos años empieza a estar caduco. Pero no porque ahora tengamos que hacer ciudades antihigiénicas.

De la misma manera que la ciudad higiénica englobaba en sus presupuestos los de las ciudades anteriores (ciudades sagradas, ciudades artísticas, ciudades de los ciudadanos) este nuevo modelo de ciudad tendrá que englobar en su seno también a la ciudad higiénica, a la artística, a la sagrada, a la de los ciudadanos. Este nuevo modelo de ciudad (que muchos llaman ciudad sostenible) introduce nuevos requisitos sobre los anteriores. Por ejemplo, habrá de consumir y contaminar lo menos posible.

Claro que, igual que el poder corrompe con el tiempo también el planeamiento ha sido afectado por tantos años de primacía. Las afecciones han sido muchas y variadas, dependiendo en muchos casos (aquí sí) de las condiciones locales. Y, en concreto, en el caso español (y digo español porque todos los sistemas de planeamiento de las Comunidades Autónomas derivan directamente de la Ley del Suelo de 1956) el planeamiento, sobre todo el urbanístico, ha pasado de ser un sistema de organizar el territorio atendiendo a una serie de previsiones a constituirse exclusivamente en una *norma garante de la inversión inmobiliaria*. Esta consideración ha ido corrompiendo de forma progresiva todo el sistema. También lo ha ido volviendo inoperante. La mayor parte de las grandes ciudades españolas tienen congelado su planeamiento que, ni se revisa ni se cambia, funcionando generalmente mediante modificaciones puntuales. Hace un par de años redactábamos el *Libro blanco del planeamiento urbanístico sostenible* donde se daban una serie de indicaciones sobre cómo debería acometerse la reforma del sistema de planeamiento. Aunque es complicado reducirlo a unos párrafos sí parece interesante abordar las líneas básicas.

La fundamental es la llamada participación, básicamente inexistente en el planeamiento actual, ya que una participación que haga ciudades transparentes implica información no manipulada, veraz y comprensible por los ciudadanos. Es necesario, además, una educación en los sistemas básicos que ayuden a comprender los procesos urbanos. Y, por último, posibilidades de decisión reales y no circunscritas exclusivamente a votar cada cuatro años. El segundo pilar estaría basado en los cambios en la delimitación de los ámbitos de planeamiento que pasarían de los límites administrativos a ecorregiones o biorregiones conformadas por varios municipios enteros o partes. Esto implicaría quitar las competencias en la materia a los municipios y significaría también la creación de oficinas de planeamiento con competencias ejecutivas en la ordenación del suelo en las que se integrarían los municipios, los partidos, los grupos constituidos (por ejemplo, ecologistas) la sociedad civil y los técnicos. El tercero sería la consideración de objetivos a largo plazo de carácter más global que permitieran mantener los valores del territorio y gestionar adecuadamente los servicios de los ecosistemas y las grandes decisiones consensuadas tales como las referentes al tamaño de la ciudad, los equipamientos, etc. Y objetivos a corto plazo con una mayor flexibilidad que permitieran acometer los problemas diarios. En ambos casos, las consideraciones ambientales relativas al contexto local serían decisivas.

### Necesidad de una nueva gobernanza

El urbanismo, la construcción de la ciudad, está directamente relacionado con la política. Y, muy concretamente con la política local. No se pueden ni tan siquiera plantear nuevas herramientas de planeamiento sin cambiar también las formas de relación entre los gobernados y los gobernantes. Existe actualmente una verdadera efervescencia de iniciativas en este sentido que no acaban de cuajar. Pero es normal que ocurra así ya

que nos encontramos en un momento de crisis. Y en los momentos de crisis, básicamente lo que aparecen son balbuceos, tanteos de posibilidades.

Hace ya un siglo que Patrick Geddes dio a conocer su *Sección del valle* y todavía más tiempo que transformó su T orre de Vigía en Edimburgo en un catalizador de identidad de la región y la ciudad en forma conjunta. Porque entendía que sin esta identidad, sin la comprensión del territorio en el que vivía era imposible que el ciudadano acertara en lo que era mejor para su vida. Un siglo después no hemos avanzado demasiado. Pero resulta que ahora las urgencias nos obligan a hacer lo que Geddes intentó hace más de cien años. La vuelta a lo local exige otras formas de gobernar el territorio acordes con el nuevo sistema. Es imprescindible empezar a diferenciar las políticas locales de las políticas globales dotando de mucha mayor autonomía a los territorios que consigan una cierta autosuficiencia. Pero ello implica, necesariamente, pensar en nuevas formas de representación local no basadas en la imagen del representante sino en una relación real con el representado. Esto se puede conseguir ahora mucho mejor que antes ya que ahora contamos con nuevos instrumentos derivados de la era digital.

Una ciudad la deben construir los ciudadanos, y sus representantes deberían intentar que esto fuera así. Pero, a día de hoy, la situación es penosa. Las actuales relaciones requieren una nueva gobernanza. No sirven de ninguna manera para organizar la ciudad del siglo xxi ya que están pensadas para otra ciudad diferente. Es imprescindible pensar cosas nuevas. Ciudades de código abierto, transparentes, en las que el ciudadano sepa, de verdad, las implicaciones de tomar una decisión u otra. Porque nuestros sistemas de participación ya no pueden ser igual que los del siglo xx. Lo digital abre posibilidades que deberían ayudar a mejorar la relación entre los políticos y los ciudadanos, pero nada ha cambiado todavía. Parece necesario modificar la organización de las entidades locales con objeto de conseguir una democracia real (objetivo de movimientos como el 15M) planificando áreas urbanas con entidad propia y reconocible en las que, por ejemplo, la elección directa de sus representantes sea posible, acercando el político local al ciudadano, de forma que la relación personal se imponga. Y, por supuesto, aprovechar las nuevas formas de comunicación descentralizadas de base local, mucho más difíciles de controlar que un periódico o una emisora de televisión.

Estas nuevas formas de relación entre Administración y administrados deberían tomar en consideración la capacidad de autoorganización de los grupos. La ciudad informal, la ciudad que se crea detrás y, frecuentemente, al margen de las instituciones oficiales debería empezar a ser considerada, no como un problema sino como una opción que introduce complejidad en el sistema. Y, por tanto, deseable. Las relaciones sociales de proximidad consideradas como el germen de los grupos estables con iniciativa deberían de posibilitarse (incluso fomentarse) en lugar de tratar de cercenarlas como algo peligroso para el poder institucionalizado. Hasta el punto de que, en determinados casos y para determinados ámbitos, será necesario recuperar el sistema asambleario ya que este sistema permite la educación en la urbanidad más que ningún otro. En cualquier caso habría que celebrar siempre como algo positivo la introducción de grupos nuevos y relaciones nuevas entre grupos, base de la complejidad urbana y la resiliencia.

Estamos en un momento verdaderamente espectacular desde el punto de vista de los que tenemos la suerte que nuestro oficio sea mirar lo que está pasando. Porque están

pasando más cosas en décadas que las que han pasado en siglos. La política degradada, la corrupción, la atonía social, las catástrofes, el cambio climático, la deshumanización de la información, el paro, la entronización del dinero, todo esto (con la perspectiva suficiente) no son más que sucesos anecdóticos de un sistema agónico al que tenemos que dejar de mirar. Algunos de los jóvenes que están trabajando conmigo en las investigaciones que dirijo dan todo este mundo por finiquitado. Están pensando ya en la agricultura de proximidad; en zonas verdes de bajo costo; en como modificar el planeamiento para adaptarse al cambio climático que ya está aquí; como tienen que ser las ciudades para los ancianos porque vamos a tener dentro de nada un montón de gente muy mayor; en qué hacer con las hectáreas y hectáreas de *sprawl* que han masacrado el territorio de los países desarrollados y que van a dejar de funcionar cuando el precio del transporte se ponga a valores reales; como reconvertir la industria turística de masas que, por esa misma razón, tiene sus días contados; cómo sustituir parte de la infraestructura gris por infraestructura verde; de qué forma y qué consecuencias tiene la creación de redes de proximidad en Internet y cómo dar respuesta en el espacio físico a las nuevas funciones del espacio público; también analizan los experimentos con nuevas formas de participación y gobernanza y estudian la mejor manera de dinamizar áreas urbanas: si informal o institucionalmente. No se lamentan y miran a la ciudad del siglo xxi o del siglo xx. Piensan la ciudad del siglo xxi. Cuando los veo trabajar me emociono porque pienso que creen de verdad que se puede hacer. Y hacen que yo también lo crea.

## LA ENSEÑANZA DEL URBANISMO COMO PROCESO GENERADOR DE CAMBIO

Xavier Matilla

El urbanismo está bajo sospecha. Los responsables políticos no lo consideran una prioridad, y tienden a relegarlo a una simple función de gestión burocrática de la ciudad, en la que el paradigma que debe alcanzarse es la ausencia de conflicto. En la agenda se antepone las posibles repercusiones en la opinión pública por delante de objetivos vinculados a una verdadera idea de proyecto urbano colectivo.

Socialmente, existe el pensamiento extendido de que el urbanismo es uno de los responsables de los males que nos afectan y se sospecha de este permanentemente. En momentos de dificultades económicas y desigualdades generalizadas, las malas prácticas urbanísticas se han impuesto de forma mediática y han ahogado las buenas actuaciones urbanísticas, que parece que nadie ya recuerda.

El ejercicio profesional del urbanismo se sitúa en un punto muerto, en movimiento solo por la inercia. Condicionado por la precariedad de las condiciones económicas en las que cuales se desarrolla, pero sobre todo inseguro de su propia utilidad.

Mientras tanto, la enseñanza del urbanismo en la universidad pública se enmarca en un contexto lleno de graves dificultades, fundamentalmente económicas pero también de ideas. La gravedad de la situación económica repercute directamente en los aspectos laborales y de estructura orgánica de departamentos y escuelas, y por extensión en el funcionamiento ordinario del sistema. El nivel de atención y los tiempos que requieren estos problemas provoca que la preocupación y la discusión

colectiva respecto a los contenidos de la enseñanza de la arquitectura, y específicamente del urbanismo, que en un momento como el actual tendrían que ser centrales y prioritarios, se estén posponiendo en el tiempo excesivamente. En este contexto, la evolución y la adaptación de contenidos y métodos responden básicamente a iniciativas individuales, a menudo aisladas y poco coordinadas entre ellas.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que el urbanismo no solo se aprende en la universidad. Y dentro de los estudios universitarios, tendríamos que diferenciar la Urbanística, como disciplina que tiene por objeto el estudio y la intervención en la ciudad, de otras materias vinculadas al conocimiento científico de la realidad urbana, al margen de la intervención. La discusión de la enseñanza del urbanismo requeriría, pues, de una mirada multidisciplinar y no solo académica. Sin obviar esta cuestión, el presente artículo pretende aportar algunas reflexiones respecto al sentido, los contenidos, la orientación y las herramientas de la enseñanza del urbanismo en las escuelas de arquitectura en el momento actual.

### 1. Qué sentido tiene la enseñanza del urbanismo

A finales de los años 90, el descubrimiento de la disciplina urbanística en la escuela significó, personalmente, descubrir el sentido de los estudios que estaba cursando en la universidad. Tenía la plena sensación de que aquello que se me explicaba hablaba de mi cotidiana realidad. Al enfoque más formal o estético que se imponía en las otras asignaturas proyectuales, se añadía un componente marcadamente social. Las preocupaciones y los objetivos de lo que se exponía estaban motivados por una voluntad de mejorar a nuestra sociedad. Y lo más importante, se transmitía un gran estado de optimismo. La ilusión de aquellos que aunque sepan que todo está por hacer, confían en los argumentos intelectuales y técnicos que tienen para hacerlo.

En cambio, actualmente, los vínculos entre escuela y realidad son mucho más difíciles de identificar. Y el optimismo es más complicado de practicar.

El urbanismo desde su dimensión y voluntad planificadora siempre ha sido una disciplina vinculada al tiempo futuro. Preocupada por el presente y sus necesidades más inmediatas, pero al mismo tiempo consciente de que la evolución de las ciudades y los territorios requieren de ideas y herramientas que permitan conducir y anticipar los procesos.

De la misma forma, la escuela, en su concepto más amplio, es nuestro vínculo con el futuro. En la escuela se establecen los cimientos de los que se convertirán en futuros protagonistas y que, por lo tanto, construirán los nuevos escenarios. Este vínculo con el futuro toma primordial importancia en el contexto actual. La necesidad de replantear la función de la disciplina urbanística y, en su caso, la necesidad de definir nuevos paradigmas urbanísticos, nos obligan más que nunca a hacer de la escuela y la enseñanza del urbanismo el pilar central sobre el cual construir el proceso de cambio.

Es preciso tener presente que hasta ahora, si bien en la escuela se impartía el conocimiento básico de la disciplina, la verdadera formación profesional de los arquitectos urbanistas se realizaba en los despachos profesionales dedicados al urbanismo, donde aterrizaban aquellos alumnos a quienes más o menos interesaba la temática. Era en la actividad profesional donde se aprendía la profundidad y complejidad de la disciplina. Donde se descubrían las dificultades para aplicar la teoría a la realidad. En definitiva,